Sobieski*

José M.ª Bofill

Juan Sobieski, el llamado «León del Norte», nació el 2 de junio de 1624, en Olesko, Galitzia, hijo de Jacobo Sobieski, «escudo de la libertad polaca», como se llamaba al gran mariscal y palatino de Belez. Su familia era antiquísima; se remontaba hasta la ascención al trono de los Piastas. La gloria heroica, la lucha contra los infieles fue el ambiente en que se movió la juventud de Juan Sobieski.

El joven Sobieski hablaba siete u ocho lenguas, conocía la literatura de países extranjeros y sabía manejar con el mismo buen éxito el pincel, la pluma, la guitarra; fue el mejor jinete y sabía esgrimir el sable, el hacha de combate y la lanza. Matemáticas, historia, filosofía, política, arte militar se los enseñó su padre; presto desplegó también las primeras muestras de aquella brillante elocuencia a la que hubo de agradecer tantos éxitos en su agitada vida.

Como Aníbal a los nueve años juró ante su padre odio eterno a los romanos, así el joven Sobieski se acostumbró a la idea de consagrar toda su vida a la lucha contra la Media Luna.

Junto con su hermano parte a Francia para completar sus conocimientos, como lo hacía la mayoría de la juventud polaca de aquella época. El padre dio a los hijos para el camino el siguiente consejo: «Ocupaos en Francia únicamente en el arte y la ciencia; pues por lo que toca al baile, ya lo podréis aprender con los tártaros». Los dos hermanos hallaron en Francia una acogida entusiasta del mundo elegante. El gran Condé se agradó especialmente de Sobieski; barruntaba en el joven al futuro héroe, y éste confesó al vencedor de Rocroy que cuando lo veía olvidaba a su patria, y sólo pensaba en el éxito de sus batallas.

De Francia se dirigieron los dos Sobieski a Italia y desde allí a Turquía: había que conocer al enemigo en su tierra, y luego en las fuentes de su poderío en Asia.

Entonces les llegó la noticia de las irrupciones de los cosacos y tártaros, y al llegar a su tierra su madre los recibió diciéndoles: «No os tendré por hijos míos si os parecéis a los defensores de Pilawiez», pues allí los polacos habían huído de sus enemigos, el 23 de septiembre de 1648.

Ascendió rápidamente en su patria porque en combate contra sus enemigos se señalaba por el valor, la sangre fría y la prudencia. Así en Beresteczko, así en la lucha contra los suecos, fue nombrado «Starotz» de Jawerow. Rápidamente se ganó los corazones de los soldados: la victoria parecía encadenada a su lado. Más de ochenta mil cosacos esparcieron la muerte y los incendios sobre Polonia. El Tesoro estaba exhausto, las pocas tropas a punto de desertar porque no se les pagaban los salarios.

Sobieski mantiene las tropas pagando de su bolsillo, y con el pequeño ejército polaco que logra formar se lanza contra el campamento cosaco de Pothaice. El gran Condé consideró imposible el éxito, y dijo que sólo conseguirían morir unos días antes que fuera sacrificada su patria. Y los soldados sólo permanecieron en filas gracias a la fe ciega que tenían en su general. El 15 de octubre de 1667 se dio la batalla. Se trabó una brava lucha y la victoria fue para los polacos. La patria se había salvado.

Sobieski fue el salvador, el favorito de su nación y la admiración de Europa. Luis XIV quiso ser padrino del hijo que le nació entonces de María de Arquien, con la que le había casado Odescalchi, luego papa Inocencio XI.

Cuando él llegó a Varsovia, la Dieta le salió al encuentro y se dijo de él que tenía tantas virtudes cuantas contiene en sí la humana naturaleza: tanto sonó mejor la modesta contestación del héroe: «Nuestros éxitos los debemos al poder y a la bondad de Dios. ¿Quién no reconocerá su grandeza, pues con tan débiles instrumentos ha llevado a cabo tan grandes prodigios? El sólo nos ha salvado; ojalá nos dé el espíritu de moderación y concordia. Entonces seremos poderosos».

Las disensiones internas hicieron que en 1668 Juan Casimiro, descendiente de los Vasas, renunciara al trono. Se entabla la lucha de partidos para proclamar nuevo rey. Francia no quiere ningún Ausburgo, y el Imperio no quiere ningún francés ni ruso.

Se proponían como candidatos: el hijo de Condé, Carlos de Lorena y el conde palatino Guillermo de Neuburgo. Había también pretendientes polacos, y muchos abogaron por la elección de un Piasta.

Por casualidad y por violencia casi, se eligió rey a Miguel Korybut Wiecniowiecki. La elección fue un puro acaso y el nuevo rey jamás se había distinguido en nada sino en un extraordinario apetito.

Ahora vinieron días tristes para Polonia. El 9 de diciembre el sultán declaró la guerra. El partido realista y el fatuo rey impidieron moverse a gusto a Sobieski; se perdió la mejor fortaleza, Kaminiec, y se ajustó la paz de Budschak, que es la más afrentosa de toda la historia de Polonia.

Se conjura contra el general, pero en el momento supremo, la reina Eleonora y los magnates entregan el poder a Sobieski; ahora éste usa de todos los derechos como rey de hecho. Un nuevo ejército turco

* Artículo publicado en Cristiandad, núm. 7, de julio de 1944.

avanza, esta vez Mohamed IV quiere llegar al Báltico. Todo pendía del filo de la espada. Sobieski avanza por tierra enemiga, dejando Kaminiec a sus espaldas, pues no podía tomarla.

En el castillo de Choezin, con un campamento de ochenta mil turcos, se da el asalto polaco, el 11 de noviembre. Después de tres horas de horrible carnicería, los turcos huyen y dejan diez mil bajas.

La Cristiandad estaba fuera de sí de asombro y gozo por esta victoria, pero el rey de Polonia ya no oyó esta noticia: había muerto la víspera del día de la victoria de una indigestión de manzanas.

Ahora se trataba de nuevo de la elección de rey, y Europa envió nada menos que dieciséis candidatos. Parecía que iba a ser elegido Carlos de Lorena, pero entonces compareció Sobieski, habló en favor de Condé y sin la oposición de la familia Paz éste hubiera sido elegido. Entonces habló el ruteno Estanislao Jablonowski y después de una larga peroración terminó diciendo: «Pensad en las grandes hazañas de Slobodisza, de Porlhaice, de Kaluz, de Choczin: son nombres inmortales. Elegid rey a Juan Sobieski».

Una tempestad de aplausos se desencadenó después de estas palabras: unánimemente resonó el grito: «Viva el rey Juan Sobieski».

Presto comenzaron las dificultarles. Nueva guerra contra los turcos auxiliados por los rusos. Tras una campaña rapidísima que le valió el nombre de «El Huracán», Sobieski rinde a Ucrania a la soberanía de Polonia; los ancianos ofrecieron pan y sal en señal de sumisión.

Se pasó el invierno entre privaciones, y por idioteces de los Paz no se llegó a un acuerdo con Rusia ni a una paz con el sultán. En la primavera de 1675 se reanudó la guerra.

Delante de Lemberg se dio la batalla decisiva de esta campaña. El pequeño ejército polaco luchó contra tres ejércitos turcos. El 24 de agosto de 1675, por la noche, al grito de «Jesús» acometieron los polacos contra un enemigo ocho veces superior. El grito de los turcos era «Allah». Fue una noche terrible. Más de quince mil otomanos hallaron la muerte en la batalla, o en la huida. Durante todo el tiempo que duró la batalla, la reina, con las mujeres, arrodillada delante de una imagen de san Estanislao impetraba el auxilio divino. En septiembre los turcos avanzaron de nuevo sitiando Trembomla. Cañonearon las murallas, abrieron una amplia brecha; cuatro asaltos fueron resistidos por los heroicos defensores. Se dudaba ya del éxito del quinto cuando se anunció la llegada del ejército salvador. Los turcos huyeron rápidamente y tuvieron que repasar el Dniester. Sólo se tuvieron por seguros detrás del Danubio.

Por fin, el 2 de febrero de 1676 se celebró la coronación de Sobieski con el nombre de Juan III. Era un águila para el combate. Una tortuga para escalar el poder.

Debido a las intrigas de su mujer, que fueron contraproducentes, y a la mala fe de la Dieta, no pudo Sobieski ir a dictar la paz en el corazón de la misma Turquía. Se firmó ésta en Zurauna; de que no fuera más ventajosa tuvieron la culpa los polacos.

Ahora, mediante Luis XIV, se ofreció a Sobieski Hungría o Prusia si atacaba a Rusia junto con los otomanos, pero rechazó la oferta; su gran ideal era la lucha contra las infieles, soñaba con una nueva cruzada y la formación de un gran imperio oriental cristiano, pero Luis XIV estorbó sus planes. Sólo lentamente pasó el rey de su predilección por Francia a la política del emperador. Pero su genio mejor venció y le condujo al camino recto, a la alianza con el emperador y a la guerra contra la Media Luna. Allí se podía esperar una gloria inmortal, mientras que con Luis XIV no había sino una brillante servidumbre.

Los turcos delante de Viena

Entretanto avanzaban los escuadrones de Oriente contra el Imperio, y Francia atizaba el fuego. Luis XIV quería apoderarse del Rin, y el sultán, del Danubio. En Viena insensatamente se soñaba la paz. Fue un momento trascendental en la historia del mundo, importante como el año 732, cuando los árabes, delante de Tours, luchaban por el señorío de Europa.

Luis XIV contaba seguramente con la caída de Viena y estaba dispuesto a presentarse como salvador en el apuro si le elegían como salvador. No se atrevía a apoyar paladinamente a los turcos por consideración a la opinión pública de Europa, a su pueblo y a Inocencio XI.

A pesar de las halagadoras ofertas de Mahomed IV, Sobieski comprendió que el cañón que no perdonara a Viena tampoco perdonaría Varsovia y Danzig. Firma una alianza con el emperador, siendo garante de ella el Papa.

El Gran Visir, en lugar de detenerse a tomar las fortalezas circundantes, marcha directamente contra Viena. El 14 de julio estaba Viena cercada por todos lados. Los sitiadores eran doscientas mil; los defensores, al mando de Carlos de Lorena, unos diez mil. Para colmo de males, estalló la peste entre los vieneses, de suerte que ciento veintidós mil cayeron rápidamente, entre la ciudad y sus alrededores. Defendía Starhenberg, que fue herido. Kaplisz le sustituyó. Los vieneses tomaron las armas. A menudo se hacían salidas afortunadas y se trajo botín, especialmente los estudiantes se señalaron en golpes osados y temerarios. Pero la peste se propagaba terriblemente, morían sesenta personas diarias. Cada día el cerco era más terrible, los vieneses se preparaban para la lucha en las calles. La noche de san Esteban la ciudad estaba en las últimas. El apuro estaba en lo sumo, pero las fogatas de la cima del Kahlenberg anunciaban la llegada del ejército libertador. Con nuevo ánimo se rechazaban los asaltos del enemigo.



Sobieski había cumplido su palabra: llegó, aunque tarde. Con él venía Jacobo Luis, su hijo de dieciséis años, para alcanzar gloria y títulos para sucederle. En la noche del 6 de agosto los polacos pasaron el río. Ahora, junto con el ejército imperial avanzaban. El ánimo de los turcos decaía; no obstante, se dispusieron a asaltar la ciudad al mismo tiempo que libraban la batalla contra Sobieski.

Se luchaba por la Cruz, no por el poder. La mañana de la batalla, Sobieski armó a su hijo caballero y comulgó con los jefes del ejército cristiano. Con el grito «Dios es nuestro auxilio» se dio la señal de combate. A las seis de la tarde los ejércitos cristianos estaban en decidido avance. El marqués de Baden penetró animosamente con sus dragones delante de la «Puerta de los Escoceses». Starhenberg corrió a abrazarle y prometió una salida. Los enemigos emprendían la huida y no se detuvieron hasta Raab.

Sobieski, en la carta a su esposa, contando la batalla, empieza diciendo como buen cristiano: «Dios sea por siempre bendito, que nos ha dado la victoria». Esta victoria ha sido llamada «una de las grandes piedras militares» y se debió a Sobieski y a Carlos de Lorena. En Parkani se dio una nueva batalla, y los turcos perdieron, al romperse un puente, cerca de quince mil hombres. Finalmente, y contra su deseo, el 17 de diciembre, volvió a pisar su país junto con sus tropas.

En 1684 comenzó de nuevo la guerra contra los turcos. Los imperiales, venecianos y polacos se propusieron derrotar al Turco y liberar Hungría. El animoso Carlos de Lorena sitió Buda, pero tuvo que retirarse, minado su ejército por las enfermedades.

A los polacos no les sonrió la fortuna en 1685 en su lucha contra los turcos, pero ellos mismos tuvieron la culpa. Se hicieron reproches a Sobieski y los magnates se volvieron contra él. Por una equivocación fatal seis mil polacos fueron acuchillados y el ejército puesto en fuga. Cuando Sobieski acudió en su auxilio dijeron que lo había hecho tarde y que la culpa de la derrota era suya.

Al año siguiente fue tomada Buda por los imperiales. Eugenio de Saboya participó en la campaña, los turcos resistieron como héroes; cuatro mil fueron acuchillados y la ciudad fue tomada. Entre tanto, los polacos, mediante el Papa, entablaron negociaciones con los persas, pero nada salía bien del todo, los magnates se opusieron creando dificultades. Sobieski fracasa en su expedición por culpa de los rusos; lleno de privaciones, el ejército emprendió la retirada por un desierto sin agua con un calor abrasante. El rey regresaba tan sólo con un tercio del ejército. En Harkany se trabó el 12 de agosto una sangrienta batalla. Murieron mil imperiales y veinte mil turcos. Consecuencia de ello fue el destronamiento de Mohamed IV y el sultanato de Solimán II. En Hungría se coronó rey a José I. Entonces el Imperio turco hubiera sido destrozado a no ser por Luis XIV, que lo salvó. Por parte de Polonia ya nada más se hizo de notable en la lucha contra los turcos. No tuvo la culpa de ello Sobieski, sino los polacos. María Casimira, su esposa, con una nefasta ambición fue la causante de grandes males. Su amor a su segundo hijo Alejandro, del que pretendía hacer el sucesor de Sobieski, dividió a Polonia e impidió reinar a Jacobo, el primogénito, haciendo que continuara siento electiva la monarquía, lo cual era la causa fundamental de la debilidad del país.

Todas estas cosa desangraron el corazón del rey. Se disputaba su sucesión antes de que muriera. Parecía un cadáver que por rara ley y contrasentido siguiera existiendo. Un reflejo de antigua gloria iluminó aún al héroe, en una última campaña: mediante la sangrienta batalla de Perevita, contra turcos y cosacos, conquistó toda la Moldavia. Pero su fin se acercaba. Ya no podía montar a caballo sin ayuda...

Por fin, el 17 de junio de 1696, día de Corpus, día en que había nacido y había sido elegido rey, un ataque de apoplejía segó su vida en Villenow. El sol se ponía y se avecinaba una terrible tempestad.

Su cuerpo permaneció treinta y seis años sin sepultura, pues según la ley polaca no podía ser enterrado el rey difunto hasta que se le hubiera elegido sucesor. Durante este tiempo, su hijo Jacobo, el príncipe de Conti y Federico Augusto de Sajonia se disputaron el trono. Conti, que parecía el preferido, se fue desilusionado, sin querer saber nada con la gran incumbencia de «consolar a Polonia de la pérdida de Sobieski». Al fin fue elegido Augusto, que llevó el sobrenombre de «el Fuerte». María Casimira confió obtener influencia sobre él, pero presto observó que no quedaba allí lugar para ella, y buscó reposo y olvido donde tantos magnates derrocados lo habían hallado: en la Ciudad Eterna.